

Más aína os libraréis de la tentación, estando cerca del Señor, que no estando lejos. («Camino de Perfección», cap. 69).

Sabe el demonio que está el remedio de un alma en tratar con amigos de Dios. («Vida de Santa Teresa», cap. 23).

«Andando con humildad y procurando saber la verdad, sujetas al confesor, fiel es el Señor. («Camino de Perfección», cap. 70).

«Sin duda que tengo yo más miedo á los que tan grande le tienen al demonio, que á él mismo, porque él no me puede hacer nada, y estos otros inquietan mucho. (Vida de Santa Teresa», cap. 25).

«Una vez me dijo un gran letrado que había venido á él un hombre afligidísimo, que cada vez que comulgaba venía en una torpeza grande, más que eso mucho; y que le habían mandado que no comulgase sino de año en año, por ser de obligación. Y este letrado, aunque no era espiritual, entendió la flaqueza y díjole que no hiciese caso de ello, que comulgase cada ocho días; y como perdió el miedo, quietósele». («Camino de Perfección, cap. 141).

Sí que ya sabemos que no se puede el demonio menear, si el Señor no le permite» («Vida de Sta. Teresa», cap. 25.)

ARTÍCULO XXXVII

DOCTRINA DE SAN FRANCISCO DE SALES

I. *Descripción de la devoción verdadera.*—Aspiras á la devoción, carísima Filotea, porque sabes como cristiana, que es una virtud sumamente agradable á la Majestad divina; pero como los defectos leves que se cometen al principio de cualquiera obra van creciendo infinito en el progreso de ella, hasta llegar á ser casi irremediables en el fin, es necesario antes de todo que sepas lo que es la virtud de la devoción; porque devociones falsas y vanas hay muchas; verdadera una sola, y si no la conoces puedes engañarte y seguir alguna vaná y supersticiosa.

Pintaba Aurelio el rostro de todas las imágenes parecido al de las mujeres que amaba; así cada uno pinta la devoción según su pasión y fantasía. El que es inclinado al ayuno se tiene por muy devoto si ayuna, aunque su corazón esté lleno de rencillas; y al paso que por sobriedad no se atreve á llegar con la lengua al vino, ni aun tal vez al agua, no hará escrúpulo de bañarla en la sangre de su prójimo con murmuraciones y calumnias. Otro se juzgará devoto porque reza muchas oraciones al día, aunque después de esto se desate su lengua en palabras duras, arrogantes é injuriosas contra sus domésticos y vecinos. Otro sacará con gran prontitud de su bolsa el dinero para dar limosna á los pobres; pero no puede sacar de su corazón dulzura con que perdonar á sus enemigos. Otro perdonará á los enemigos, pero jamás pagará á sus acreedores, sino obligado por la justicia. Todos estos están vulgarmente reputados por devotos, y ciertamente no lo son. Cuando los soldados de Saul buscaban á David en su casa, Micol puso una estatua en la cama, y vistiéndola con las ropas de David, les hizo creer que era él mismo, que estaba enfermo y dormía. A este modo hay muchos que se visten de ciertas acciones exteriores, propias de la santa devoción, y el mundo cree que efectivamente son devotos y espirituales, pero en la realidad no son más que estatuas y fantasmas de devoción.

La devoción verdadera y viva, oh Filotea, presupone amor de Dios, ó por mejor decir, es verdadero amor de Dios; pero no un amor cualquiera, pues cuando el amor divino hermosea nuestra alma, se llama gracia, porque nos hace agradables á la Divina Majestad: cuando nos da fuerzas para obrar bien, se llama caridad; mas cuando llega á tal grado de perfección, que no sólo nos hace obrar el bien, sino practicarle con cuidado, con frecuencia y prontitud, entonces es cuando se llama devoción. Las avestruces nunca vuelan; las gallinas vuelan, pero con pesadez, muy bajo, y raras veces; las águilas, las palomas

y las golondrinas vuelan muchas veces, con gran velocidad y muy alto. A este modo los pecadores jamás vuelan en Dios, porque hacen todo su camino en la tierra y por la tierra: los buenos que todavía no han llegado á la devoción, vuelan al rededor de Dios con sus buenas obras, pero pocas veces, con lentitud y pesadez: las almas devotas vuelan en Dios muy á menudo, con prontitud y elevación. En una palabra, la devoción es una agilidad y viveza espiritual, con que produce la caridad sus obras en nosotros, ó nosotros las hacemos por ella, con prontitud y complacencia; y así como es propio de la caridad hacernos practicar general y universalmente todos los mandamientos de Dios, así es propio de la devoción hacer que los practiquemos con prontitud y afición. Por esta razón el que no guarda los mandamientos de Dios no debe ser tenido por bueno ni por devoto; pues para ser bueno es preciso tener caridad, y para ser devoto es necesario, además de tener caridad, ejercitarla con actividad y prontitud.

Y como la devoción estriba en un grado excelente de caridad, no solo nos hace prontos, activos y diligentes para guardar los mandamientos de Dios, sino también para practicar pronta y gustosamente cuantas más obras buenas podamos, aunque no sean de precepto, sino solamente de consejo ó inspiradas, Porque así como un hombre que acaba de salir de una enfermedad, anda lo que necesita, pero con lentitud y pesadez; así también el pecador, curado de su iniquidad, camina lo que Dios le manda, pero con pesadez aún y lentitud, hasta tanto que llega á la devoción, que entonces ya como hombre perfectamente sano, no sólo camina, sino corre y salta por el camino de los mandamientos de Dios, y además de esto pasa y corre por las sendas de los consejos é inspiraciones celestiales. Finalmente, la diferencia entre la caridad y la devoción es la misma que hay entre el fuego y la llama; pues siendo la caridad un fuego espiritual, cuando levanta llama toma el nombre de devoción. Así que la devoción sólo añade al

fuego de la caridad la llama que la hace pronta, activa y diligente, no solo en la guarda de los preceptos de Dios, sino también en la práctica de los consejos é inspiraciones celestiales.

II. *Propiedad y excelencia de la devoción, según San Francisco de Sales.*—Desanimaban á los israelitas para que no entrasen en la tierra de promisión, los exploradores, diciéndoles que aquel país devoraba á sus habitantes, esto es, que el aire era tan maligno, que respirándole no se podia vivir mucho tiempo, y los habitantes eran gentes mostruosas que se tragaban á los demás hombres como langostas. También el mundo, amada Filotea, procura de este modo desacreditar la santa devoción, pintando á los devotos con un rostro fastidioso, triste y melancólico, y publicando que la devoción produce humores hipocondriacos é insufribles. Pero así como Josué y Caleb aseguraban á los hijos de Israel que no solo era buena y hermosa la tierra prometida; sino que su posesión les sería dulce y agradable; así tambien el Espíritu Divino por boca de los santos, y Nuestro Señor por la suya propia, nos aseguran que la vida devota es dulce, bienaventurada y amable.

Ve el mundo que los devotos ayunan, oran, sufren las injurias, sirven á los enfermos, socorren á los pobres, velan, reprimen la ira, sofocan y ahogan sus pasiones, se privan de los placeres sensuales, y ejecutan éstas y otras acciones que en sí mismas y por su propia esencia y calidad son ásperas y rigurosas: pero no ve el mundo aquella devoción interior y cordial, que hace todas estas acciones agradables, dulces y fáciles. ¿Ves las abejas cómo chupan del tomillo un jugo amarguísimo; y chupándole por una propiedad que tienen, le convierten en miel? Así, oh mundano, aunque las almas devotas encuentran ciertamente amargura en los ejercicios de mortificación, practicándolos la convierten en dulzura y suavidad. Miraban los mártires las hogueras, las hachas encendidas, las ruedas y las espa-

das como flores y olorosos perfumes, porque eran devotos; pues si la devoción es capaz de hacer dulces los más crueles tormentos y la muerte misma, ¿que hará con las acciones virtuosas? El azúcar dulcifica las frutas verdes, y corrige la crudeza y malignidad que tienen algunas aun después de maduras; y la devoción, que es como azúcar espiritual quita la amargura á las mortificaciones, y estorba que puedan hacer daño los consuelos; corrige las cuitas de los pobres y las solicitudes de los ricos; quita la desolación al oprimido y la arrogancia al favorecido, la tristeza al solitario y la disipación al que vive en sociedad; sirve de fuego en invierno y de rocío en verano; enseña á vivir así en la abundancia como en la pobreza; hace igualmente útiles las honras que los menosprecios; recibe con un corazón casi siempre igual el placer y el dolor, y nos llena de una suavidad maravillosa.

Contempla en la escala de Jacob un verdadero retrato de la vida devota: los dos largueros en que están afirmados los escalones, y entre los cuales se sube, representan la oración que nos alcanza el amor de Dios, y los Santos Sacramentos que nos le confieren: los escalones son los diferentes grados de caridad, por los cuales se va de virtud en virtud, ó bien bajando con la acción á socorrer y sufrir al prójimo, ó bien subiendo con la contemplación á la amorosa unión con Dios. Mirad ahora por vida vuestra á los que están en la escala, y veréis que son hombres de corazón angelical ó ángeles en cuerpo humano: no son jóvenes, pero lo parecen, porque están llenos de vigor y agilidad espiritual: tienen alas para volar, y se arrojan á Dios por medio de la santa oración; pero tienen también piés con que caminar entre los hombres por medio de una santa y amigable conversación: su rostro es hermoso y alegre, como que todo lo reciben con dulzura y suavidad: llevan descubiertos los piés, los brazos y la cabeza, para denotar que en sus pensamientos, afectos y acciones no llevan otro fin ni otro motivo que el de agradecer á Dios: el

resto del cuerpo está vestido, pero de una ropa hermosa y ligera; porque usan, á la verdad, del mundo y de sus cosas, pero de un modo puro y sincero, tomando, sin empeño ni apego, únicamente lo muy preciso, según su condición: tales son, pues, las almas devotas. Créeme, querida Filotea, la devoción es dulzura de las dulzuras, reina de las virtudes y perfección de la caridad misma. Si la caridad es como leche, la devoción es la nata; si es una planta, la devoción es la flor; si es piedra preciosa, la devoción es el brillo; si es bálsamo escogido, la devoción es el olor que exhala, tan suave que conforta á los hombres y recrea á los ángeles.

ARTÍCULO XXXVIII

DE LOS CONSUELOS ESPIRITUALES Y SENSIBLES, Y COMO NOS HEMOS DE HABER EN ELLOS, SEGÚN ENSEÑA SAN FRANCISCO DE SALES

«Conserva Dios el universo en perpetuas vicisitudes: truécase el día en noche, la primavera en estío, el estío en otoño, el otoño en invierno, y el invierno finalmente en primavera; los días no se parecen del todo unos á otros, porque unos son nublados, otros lluviosos, otros secos, ventosos otros, y de esta variedad nace la hermosura del universo. Otro tanto acaece en el hombre, mundo abreviado, como le llamaron los antiguos; pues jamás permanece en un mismo estado, y su vida corre sobre la tierra como el agua, fluctuando y ondeando entre una continua diversidad de movimientos, que ya le elevan á la esperanza, ya le abaten con el temor; ya le echan á la diestra, por el consuelo, y á la siniestra por la aflicción; de modo que ninguno de sus días ni aun de sus horas es igual en todo á la antecedente. Por tanto, es aviso importante procurar mantener una continua é inviolable igualdad corazón entre tan desiguales acacimientos, permaneciendo inmóviles

en mirar, buscar y caminar á nuestro Dios, por más que todas las cosas se vuelvan y trastornen al rededor de nosotros. Que siga la embarcación el derrotero que siguiere: que navegue á Poniente ó á Levante, al Septentrión ó al Mediodía que tenga el viento que tuviere, nunca se dirigirá la aguja de marear hacia otra parte que hacia la estrella del norte y del polo: así, pues, mas que todo se vuelva de arriba abajo, no solo al rededor de nosotros, sino aun dentro de nosotros mismos, esto es, de que nuestra alma esté triste ó alegre, entre dulzuras ó amarguras, en paz ó en guerra, en claridad ó en tinieblas, en tentaciones ó en tranquilidad, en gusto ó en disgusto, en sequedad ó en ternura, que el sol la abraze, ó el rocío la refresque, siempre la cumbre del corazón y del espíritu, esto es, la voluntad superior, que es nuestra aguja, ha de mirar sin cesar y se ha de dirigir perpetuamente hacia el amor de Dios, su Criador Salvador único y supremo bien: *Ó ya vivamos ó ya muramos, somos del Señor*, dice el Apóstol (ad Rom. XIV, 8): *pues ¿quién nos separará del amor y caridad de Dios?* Nada podrá jamás separarnos de este amor: ni la tribulación, ni la angustia, ni la muerte, ni la vida, ni los dolores presentes, ni el temor de los accidentes futuros, ni los artificios del maligno espíritu, ni la elevación de los consuelos, ni la profundidad de las aflicciones, ni la ternura, ni la aridez, nada, nada nos ha de separar jamás de esta santa caridad, que está fundada en Cristo Jesús. (Ad Rom. VIII).

Esta total resolución de no dejar nunca á Dios ni apartarnos de su dulce amor sirve de contrapeso á nuestras almas para mantenerse con santa igualdad entre la desigualdad de los diversos movimientos que la condición de esta vida les acarrea. Porque como las abejas, cuando las sorprende el viento en el campo, se asen de unas piedrecillas para mantenerse en el aire, y que no pueda arrebatarlas la impetuosidad de los vientos; así nuestra alma abrazada por medio de su propósito en el precioso amor de Dios, per-

manece constante en medio de la inconstancia y vicisitud de los consuelos y aflicciones, tanto espirituales como temporales, tanto exteriores como internos.

Pero á más de esta doctrina general, serán muy del caso algunos documentos particulares.

1.º Digo, pues, que no consiste la devoción en la dulzura, suavidad, consuelo y ternura sensible del corazón, que nos hace llorar, suspirar y sentir agradable y sabroso contentamiento en algunos ejercicios espirituales: no, querida Filotea, no es esto lo mismo que tener devoción, porque muchas almas que tienen estas ternuras y consuelos son con todo eso muy viciosas, y por consiguiente no tienen verdadero amor de Dios, y mucho menos devoción verdadera. Cuando por los desiertos de Engaddi huía David de la persecución furiosa de Saul, éste se entró solo en una cueva, donde se hallaba aquel oculto con los suyos; pero aunque mil veces hubiera podido en esta ocasión David darle muerte, le dió la vida, y no quiso siquiera amedrentarle, antes dejándole salir á su placer, le llamó despues para mostrarle su inocencia, y hacerle conocer que le había tenido en sus manos. ¿Qué no hizo entonces Saul para atestiguar que su corazón se había enternecido con David? llamóle hijo, lloró públicamente, le alabó, confesó su benignidad, enderezó á Dios sus oraciones por él, anunció su grandeza venidera, y encomendóle su posteridad para despues de sus dias. No podía mostrar mayor dulzura y ternura de corazón; pero su alma sin embargo se mantenía lo mismo, y no dejó de perseguirle tan cruelmente como antes. A este modo algunos considerando la bondad de Dios y la pasión de nuestro Salvador, sienten gran ternura de corazón que les hacen prorumpir en suspiros, lágrimas, súplicas y acciones de gracias, tan sensibles, que cualquiera dirá que está llena de grandísima devoción su alma; pero cuando llega el tiempo de la prueba, se ve, que como aquellos chaparrones pasajeros del ardiente estío, cayendo en gotas gruesas sobre la tierra, no la penetran ni

hacen producir otra cosa sino hongos; así estas lágrimas y ternuras, cayendo en corazones viciosos que no llegan á penetrar, son para ellos enteramente inútiles, porque, á pesar de todo esto, no se desprenden los infelices ni de un maravedí de los bienes mal ganados que poseen; no se apartan siquiera de uno de sus malos afectos, y no quieren sufrir la más leve incomodidad en obsequio de aquel Señor, por quien han llorado: de modo, que los movimientos buenos que sintieron, son como hongos espirituales, que no solamente no llegan á ser devoción verdadera, sino que muchas veces son sutil estratagema del enemigo; que contentando las almas con estos consuelitos las dejan satisfechas y pagadas para que ya no busquen la verdadera y sólida devoción, que consiste en una voluntad constante, resuelta, pronta y activa de ejecutar lo que se conoce ser del agrado de Dios.

¿No ves como un niño llora amargamente, si ve picar con la lanceta á su madre cuando la sangran; y si su madre por quien tan tiernamente lloraba, le pide la manzana ó el cucurucho de confites que tiene en la mano, no hay forma de que se lo dé? Pues tales son la mayor parte de nuestras devociones tiernas; cuando vemos herir á Jesucristo crucificado con la lanza que traspasa su corazón, lloramos amargamente; ¡ay, Filotea! justo es sin duda llorar por la muerte y pasión dolorosa de nuestro Padre y Redentor; pero ¿por qué no le damos con gusto la manzana que tenemos en nuestras manos, y que con tantas instancias nos pide? ¿porque no le entregamos el corazón, única manzana de amor que el Salvador amante nos está pidiendo? ¿por qué no le sacrificamos tantos afectillos, delectaciones y complacencias, que él quiere quitarnos de las manos, y nosotros se lo estorbamos, siendo más golosos de estos confites, que deseosos de la celestial gracia? Tales amores son como de niños tiernos, pero débiles, fantásticos y sin efecto. La devoción, pues, no consiste en estas ternuras y afectos sensibles, que algunas veces proceden de comple-

xión tierna y capaz de recibir cualquier impresión, y otras son obra del enemigo, que para entretenernos, excita en la imaginación ideas que producen tales efectos.

2.º Algunas veces, sin embargo, son muy buenas y útiles estas ternuras y afectuosas dulzuras, porque excitan el gusto del alma, confortan el espíritu, y añaden á la prontitud de la devoción un santo gozo y alegría que hermosea nuestras acciones y las hace aun exteriormente agradables. De este gusto que se tiene en las cosas divinas, decía David: *¡Cuán dulces son á mi paladar tus palabras, Señor! mas que la miel son para mi boca* (Ps. cxviii, 103); y á la verdad, el menor consuelo de devoción, por cualquier parte que se mire, es más apreciable que las mayores diversiones del mundo: los pechos y la leche (esto es, los favores) del Esposo divino son mas preciosos para el alma que el vino más exquisito de los placeres de la tierra: quien ha gustado aquellos consuelos tiene todos los demás por hiel y ajenos; y como los que tienen en la boca la yerba escítica sienten tal dulzura que ni padecen hambre ni sed; así aquellos á quienes Dios ha dado el celestial maná de sus dulzuras y consuelos interiores, no pueden desear ni gustar los consuelos del mundo, ó á lo menos no encuentran gusto ni pueden poner en ellos el afecto: son estos consuelos divinos anticipadas muestras de las dulzuras eternas que da Dios á las almas que le buscan: son anises que da á sus hijuelos para atraerlos: son aguas cordiales con que los conforta, y son tambien algunas veces arras de las recompensas eternas. Dicese que Alejandro Magno, navegando por la mar, conoció que estaba cerca de la Arabia Feliz, por los suaves olores que traía el viento con lo cual lleno de esfuerzo, animó á todos los suyos: así nosotros en este mar de la vida mortal percibimos muchas veces dulzuras y suavidades, que nos hacen reconocer sin duda las delicias de la celestial patria, á donde caminamos, y que es el término de nuestros deseos.

3.º Pues si hay consuelos sensibles, buenos, y que vie-

nen de Dios, y los hay también inútiles, peligrosos, y aun dañosos, que vienen ó de la naturaleza ó tal vez del enemigo, ¿cómo podré, me dirás, discernir los unos de los otros, y conocer los malos é inútiles entre los buenos? Es doctrina general, Filotea, que los afectos y pasiones del alma se han de conocer por sus efectos: son los corazones como unos árboles, los afectos y pasiones sus ramas, y las obras ó acciones sus frutos: bueno será el corazón cuando tenga buenos afectos, y los afectos y pasiones serán buenas, si producen en nosotros buenos efectos y acciones santas. Cuando las dulzuras, ternezas y consuelos nos hacen más humildes, pacientes, tratables, caritativos y compasivos para con el prójimo, más fervorosos en mortificar nuestras concupiscencias y malas inclinaciones, más constantes en los ejercicios buenos, más dóciles y sumisos á nuestros superiores, y de vida más sencilla, son de Dios sin duda, Filotea; pero si las dulzuras solamente lo son para nosotros, y nos hacen curiosos, agrios, poco sufridos, impacientes, tercos, soberbios, presuntuosos, duros con el prójimo, y teniéndonos ya por unos santos, no queremos sujetarnos á dirección y corrección alguna, sin duda son consuelos falsos y perniciosos, porque el árbol bueno no produce frutos malos.

4.º Siempre que sintamos dulzuras y consuelos, debemos humillarnos delante de Dios: guárdate bien de decir: ¡Oh, cuán buena soy ya! porque semejantes bienes no nos hacen mejores; pues no consiste en eso la devoción, como ya te he advertido; lo que hemos de decir es: *¡Oh, cuán bueno es Dios para los que esperan en él, para el alma que le busca!* Y así como el que tiene azúcar en la boca no puede decir que su boca es dulce, sino que el azúcar lo es, así la dulzura espiritual es buena, y sumamente bueno Dios que la concede; pero de aquí no se infiere que sea bueno el que la recibe.

5.º Conozcamos que somos todavía niños tiernos, que necesitamos aun del pecho, y que se nos dan estos anises

porque nuestro espíritu, todavía tierno y delicado, necesita cebo y atractivo que le atraiga al amor de Dios.

6.º Supuesto esto, ordinariamente y por lo general, se han de recibir con humildad estas gracias y favores, teniéndolas por muy grandes, no tanto por lo que son en sí, cuanto porque la misma mano de Dios las pone en nuestro corazón, como una madre, que para acariciar á su hijo, le va poniendo ella misma uno á uno los confites en la boca: pues cierto es que si el niño tuviese conocimiento apreciaría más la dulzura del halago y caricia de su madre que la dulzura del confite. Así que, bueno es, Filotea, recibir dulzuras; pero la dulzura de las dulzuras es considerar que Dios, con su mano amorosa y maternal, nos las pone en la boca, en el corazón en el alma y en el espíritu.

7.º Recibidas humildemente estas dulzuras, tengamos gran cuidado de usar de ellas según la voluntad de quien nos las ha dado: pero ¿cual te parece que será esta? es ciertamente hacernos por este medio suaves para con el prójimo, y amorosos para con su Majestad divina. Da la madre el confite al niño, para que el niño le dé un beso: pues besemos nosotros también al Salvador que nos da tantas dulzuras, advirtiéndole que besar al Salvador es obedecerle, guardar sus mandamientos, cumplir su voluntad, seguir sus designios; en una palabra, abrazarle tiernamente con obediencia y fidelidad: y así el día en que hayamos recibido algun consuelo espiritual, hemos de ser más diligentes en obrar bien y en humillarnos.

8.º Además de todo esto es necesario de cuando en cuando renunciar semejantes dulzuras, ternezas y consuelos, despegando de ellos el corazón, y protestando, que aunque los recibimos humildemente, y los estimamos porque son enviados de Dios, y nos mueven á amarle con todo no son ellos lo que buscamos, sino Dios y su amor santo, no el consuelo sino el consolador, no la dulzura sino el Salvador dulcísimo, no la ternura sino el que es suavidad del cielo y de la tierra; entre estos afectos he-

mos de resolver amarle constantemente, aunque en toda la vida no hubiéramos de sentir consuelo alguno, y decir, tanto en el Calvario como en el Tabor: Señor, bueno es estar aquí con Vos, ó ya estéis en la cruz, ó ya en la gloria.

Te advierto, por conclusión, que cuando sientas gran copia de estos consuelos, ternezas, lágrimas y dulzuras, ó que en ellas haya algo de extraordinaria, se lo manifiestes con fidelidad á tu director, para que te enseñe como debes moderarte y haberte, pues escrito está: *Encontrado has miel, come lo que te basta.* (Prov. xxv, 16).

ARTÍCULO XXXIX

DE LAS SEQUEDADES Y ESTERILIDAD DE ESPÍRITU

Esto has de hacer cuando tengas consuelos; pero no durará perpetuamente este tiempo sereno y agradable; antes acaecerá algunas veces que te veas tan privada y destituida de devoción sensible; que te parezca tu alma una tierra desierta, infructuosa y estéril, en que no hay ni senda ni camino para encontrar á Dios, ni manantial alguno de gracia que pueda regalarla, pues las sequedades la dejarán al parecer totalmente inculta. ¡Cuán digna de compasión es el alma en tal estado, y en especial si viene este mal con vehemencia! entonces se apacienta, como David, de lágrimas día y noche, y al mismo tiempo el enemigo, para hacerla desesperar, se burla de ella con mil sugestiones, y le dice: Miserable, ¿dónde está tu Dios? ¿porqué camino piensas encontrarle? ¿quién podrá ya restituirte la alegría de la divina gracia?

¿Y qué harás entonces, Filotea? Advierte de dónde te ha provenido el mal; porque muchas veces somos nosotros mismos causa de nuestras esterilidades y sequedades.

1. Así como una madre no quiere dar azucar al niño que es propenso á lombrices; así Dios nos priva de los consuelos, cuando complaciéndonos vanamente en ellos, somos propensos á las lombrices de la presunción, *Bueno*

es para mí, ó Dios mio, que me humilléis: si, por cierto; *porque antes de haber sido humillado os había ofendido.* (Ps. cxviii).

2. Cuando nos descuidamos en recoger á su tiempo las suavidades y delicias del amor de Dios, nos las quita en castigo de nuestra pereza; así como los israelitas que no recogían á la madrugada el maná, no podían recogerle después de salido el sol, porque estaba ya totalmente derretido.

3. Algunas veces que estamos como la Esposa de los Cantares acostados en el lecho de los contentos sensuales y consuelos perecederos, llama á la puerta del corazón el Esposo de nuestras almas, nos inspira que volvamos á los ejercicios espirituales; pero nosotros andamos con él en regateos, porque sentimos dejar los placeres vanos, y separarnos de los falsos contentamientos, por lo cual pasa de largo el Esposo, dejándonos emperezar, y después, cuando le queremos buscar, nos cuesta mucho trabajo encontrarle: bien merecido lo tenemos, pues hemos sido tan infieles y desleales á su amor, que rehusamos emplearnos en él, por seguir el de las cosas del mundo. Aun conservas harina de Egipto, y así no puedes recibir maná del cielo. Aborrecen las abejas todos los olores artificiales: del mismo modo las suavidades del Espíritu Santo son incompatibles con las artificiales delicias del mundo.

También causa sequedades y esterilidades el usar de doblez y afectación con el director en las confesiones y conferencias espirituales; pues quien miente al Espíritu Santo, merece que él le niegue sus consuelos, y no se le darán confites como á los niños, al que no quiere ser sencillo y franco como ellos.

5. No es mucho que no halles gusto en las delicias espirituales, si te has saciado de contentos mundanos; pues á las palomas hartas les parecen amargas las guindas, según el proverbio antiguo; y como dijo la Santísima Virgen, *á los hambrientos llenó el Señor de bienes, y á los ricos dejó vacíos* (Luc. 1, 53): así pues, los ricos de